

Los sueños del poder

Novela, por **Flor Romero de Nohra**. Editorial Planeta, Barcelona, España, 1978. 252 pp.

Escribe: **JULIAN GARAVITO**

La novelista colombiana, oriunda de Cundinamarca, Flor Romero de Nohra ya tiene una interesante trayectoria como periodista (fundadora y directora de la revista **Mujer de América**), como cuentista (**La Ruta de El Dorado**), y como novelista. Su primera obra en este género, **Tres kilates ocho puntos** obtuvo el premio Esso en 1964, **Mi Capitán Fabián Sicachá** fue finalista del Premio Planeta 1967 y **Triquitraques del Trópico** (1972) acaba de ser traducida al francés por Antoine Berman con el título **Crépitant Tropicque**.

Los Sueños del Poder lleva como galardón Accésit especial Premio Ateneo de Sevilla 1978. Hay que entender el título como ensoñaciones, anhelos de una mujer, Lupita, por el poder, pero también como sueños, lo que siente e imagina cuando duerme. El libro se abre por un verdadero ensimismamiento del público ante Lupita en un país llamado Ningunaparte y donde los más agudos problemas se plantean en cuanto a mujeres y a escuelas, con una alusión a una de las mujeres universales que pudo tener el poder, la reina egipcia Hachepsut, y otra a una "cacica ningu-nense", Bumanguay, sucesora de su hermana Monparen. Lupita es expresidenta de la Sociedad Protectora de Animales y tiene una jauría de 119 "perros-ministros", "una ministra del alma" y un marido, Fernando Pérez quien le regala esmeraldas. En su entorno, se mueven secretarios y premios de belleza, ministros de economía jóvenes y seductores. Lupita se pasea por los barrios bajos, recuerda su afición al teatro y sus colegios, sus masajes

y su paso por la TV, la primera campaña electoral y las tretas de su enemigo político Napo. A un Andrés Caro, galán enamorado y ministro de economía o/y cónsul depresivo se opone la figura de un guerrillero, Alirio Miro Buitrago, autor de una carta a su hijo sobre "la causa del mal": "Aunque no quede sino un solo esclavo, los hombres libres no han ganado aún el derecho a la felicidad, no son libres todavía" (p. 78). Lupita también evoca su matrimonio con Fernando: el día de la boda, su vestido de novia y las amibas que la atormentaban con los retorcijones del estómago; su botonofobia, o sea su horror de coser botones, su embarazo y al autor de una tesis sobre la siesta. Ya Lupe es vice-presidenta del Concejo, propuesta por el propio Napo Guerra. Y en ese concejo, no se maneja como su predecesora Marta Perfecta, a quien Napo hacía llorar para luego mandarle flores. Lupe tiene proyectos para un barrio pobre y el problema de los gamines la preocupa. En una nueva campaña electoral, lucha contra Napo y éste casi le pega. Lupe tiene pesadillas, como la de la "madrediagua Bachué", tiene astróloga y se salva de un atentado. Conoce el exilio y vuelve al país. En la elección suprema, Lupe tiene 700.000 votos y Napo Guerra sale electo. En la instalación del Congreso, Lupe protesta y la sacan en vilo.

Como en girar de espejos, van desfilando sabrosas secuencias: por ejemplo, la recepción al mandatario de Otraparte en la cual Napo dice: Viva Cualquierparte. O relatos paralelos, como la vida de Silvia Silva, que el lector va conociendo en cronología inversa. O análisis psicológicos: problemas de amor y cirugía plástica. O verdaderos reportajes: las inundaciones en el Río Grande de La Magdalena.

Pero Lupe no es sólo alcaldesa o candidata. Es también mujer de carne y hueso: tiene hijos y casa, marido fiel o infiel, desvelos y pesadillas, como aquella de la inauguración de tantas obras en helicóptero. Sus problemas sentimentales y los de sus familiares le hacen crear ese Ministerio del Alma, tan interesante. Y una de sus pesadillas más crueles es la del pueblo contra ella.

¿Qué más? El estudio sobre la psicología del teléfono, la historia de la secretaria Aleida Aldana, o sea el problema de la mujer que se casa con un hombre más joven que ella. El mundo de los niños, cuando ya Lupe está retirada. La indiferencia de

Lupe y la prohibición de los sueños en Ningunaparte por la cual se termina el libro.

Si me extendí bastante sobre la descripción del contenido del libro, fue para tratar de dar una pequeña idea de la riqueza de los temas tratados. Esta novela es, en efecto, una narración en forma de meditación al fin de la vida. Son a la vez reminiscencias precisas, con escenas y evocación de personajes y, por otra parte, sueños y pesadillas. La técnica de la autora es, pues, totalmente diferente a la de **Triquitraques del Trópico**. En ésta se trataba de un personaje colectivo, el pueblo de Calamoima, evocado a través de épocas históricas precisas. Aquí, se trata más bien de ahondar en la sicología y sociología de un pueblo por medio de personajes y escenas evocadoras. Es, en cierto modo, la técnica del unanimismo de Jules Romains o de la cronología quebrada de Faulkner, pero aplicada a todo un pueblo y no sólo a un personaje o a una región.

Si se analizan detalladamente los personajes, aparecen como prototipos —aunque abundantemente matizados— de colombianos. (Y se puede decir colombianos, pues en la secuencia en que Lupe, esperando nene, tiene que guardar cama, estudia a los Taironas, Calimas y alude a Calamoima). Todos esos personajes se van reuniendo en la mente del lector como en un rompecabezas y acaban por formar el alma de un país. No se olvide la creación de un Ministerio del Alma. Ni tampoco la experiencia de la directora de revista de la autora: trasluce en las evocaciones muy finas de dramas femeninos.

¿En qué consiste, pues, el interés, la novedad de esta novela en el ámbito de la literatura colombiana? Ante todo en el hecho de ser una novela de mujer con tema político, sicológico, social, económico y no exclusivamente de introspección femenina. En esa vertiente, existe, por ejemplo, la obra importante y de peso de Elisa Mújica. En toda la obra de Flor, pero especialmente en esta novela, hay una reivindicación femenina muy fuerte. Y eso es algo corajudo en un país donde la mujer, por lo general, se envía a casa “cuando se quiere meter en lo que no le importa”. (Como, desde luego, en épocas no muy lejanas, se echaba a los hombres de la cocina “porque los hombres en la cocina, huelen a caca e gallina”). Todas las escenas con Napo son ejemplares en ese sentido.

Otro elemento: la asimilación de las técnicas más nuevas (cronología quebrada, monólogo individual o colectivo, lenguaje popular elaborado) sin, por ello, aburrir, atormentar, al lector. Otro más: el humor, cosa bastante rara en la literatura colombiana reciente, si se exceptúa a García Márquez. Así se vincula la autora de **Los Sueños del Poder** con clásicos colombianos como Pimentel y Vargas, Marroquín o Carrasquilla y con autores de ambición más limitada como Arango Villegas o Salom Becerra. Esta novela es un libro que fustiga y critica, analiza y escudriña, pero con amenidad.

También hay que señalar en la autora la voluntad de crear un mundo novelesco, con personajes que vuelven a aparecer o lugares aludidos. Claro que eso viene de lejos (Balzac, Zola, Faulkner), pero en Colombia sólo comienza a existir: Carrasquilla y García Márquez.

¿Y las influencias? Claro que no hay nada nuevo bajo el sol, según el adagio latino. Es seguro que la obra de Flor hace pensar en la de García Márquez o en la de Alejo Carpentier. Quizás más, para mí, en la de éste. Pero no hay que olvidar que son temas que están “en el aire” porque la literatura refleja la realidad. Casi al mismo tiempo salieron tres grandes obras con el mismo tema: **El Otoño del Patriarca**, **El Recurso del Método** de Alejo Carpentier y **Yo el Supremo** de Roa Bastos. Y las tres eran hijas de **El Señor Presidente** de Asturias y nietas de **Tirano Banderas** de Ramón del Valle-Inclán. Lo que importa es que es una mujer la protagonista, con sus problemas de mujer frente a un país que se quiere masculino, aunque sea en realidad, no poco femenino (Piénsese en la música, en la poesía, en el trato, en los modales, en el lenguaje...).

Esta novela es una de las primeras síntesis, de tipo “anima-animus”, aplicadas al pueblo colombiano y me recuerda la deliciosa y ligera obra de Carlos Delgado Nieto **El Limbo**, microcosmo de Colombia en tono tradicional y sarcástico.

Hay que destacar además la importancia de la elaboración del idioma en la obra de Flor Romero de Nohra. Flor logra integrar los modismos colombianos dentro de una lengua comprensible directamente en un 90% para el hispanohablante de cualquier lugar. Sin embargo, para mejor circulación del libro, sería conveniente un glosario de voces raras o típicamente colombiana-

nas, como se hizo para la edición francesa de **Triquitraques del Trópico**. En efecto palabras como bujar (p. 7), anjear (p. 20), cosuros (p. 47), yinyer (p. 82), malabares (p. 173), maracuchos (p. 173), matas de cucarrón (p. 174) no andan por ningún diccionario, incluso de colombianismos y otras muchas sólo se encuentran en léxicos de modismos colombianos.

La transcripción en estilo indirecto, practicada por Flor, es preferible, para el habla popular, a ese diálogo en "jerga", de moda hace unos 30 años y que, a lo largo de todo un libro, acaba por desalentar al lector.

El logro mayor de Flor Romero de Nohra quizás resida en el arte de contar: es un castellano hablado en Colombia y al mismo tiempo poéticamente elaborado. Pertenece a la tradición oral y al mismo tiempo se está leyendo. Flor está creando un mundo a la vez real y maravilloso, en el sentido de Alejo Carpentier, evocado en el artículo de Alice Raillard sobre **Crépitant tropique** (la *Quinzaine littéraire*, 16-28 de febrero de 1979). Ojalá siga ahondando en los mitos de su tierra para que le revele al mundo los tesoros de lo genuinamente colombiano.